

## CARLOS V 1500 - 1558

ALEXANDER WILCKENS URETA\*

Entre los miembros de la centenaria dinastía de los Habsburgo, el emperador Carlos V tiene una posición destacada. Las razones para ello no radican, sin embargo, en la personalidad de este gobernante. Una serie de casualidades dinásticas determinaron y dieron fundamento a que esta figura central de los Habsburgo mandara sobre un inmenso territorio, una base de poder en el Viejo y en el Nuevo Mundo, mayor que la de cualquier otro emperador romano-germánico, antes o después de él. Sus dominios abarcaban amplias partes del occidente, centro y sur de Europa, así como los territorios de Norte, Centro y Sudamérica ganados por los conquistadores españoles. La conocida frase «bajo sus reinos no se pone el sol» ligada a su nombre, es una de las razones por las que la figura de Carlos V se mantiene hasta nuestros días, no sólo en la memoria de los historiadores.

Persona, dinastía y monarquía universal.

Carlos V nació en Gante, el 24 de Febrero de 1500, como hijo de Felipe el hermoso, duque de Borgoña, y de Juana “la Loca” de Castilla. Creció en los Países Bajos prácticamente sin conocer a sus progenitores. Su padre murió en Burgos, como rey de Castilla, cuando él contaba sólo seis años. Su madre, una sensible, inteligente, cultivada y apasionada sureña, con una tendencia natural a la “melancolía”, vegetó tras la temprana muerte de su marido como enferma mental, encerrada en un castillo en Tordesillas, por medio siglo antes de que la muerte la liberara de su existencia terrenal. De la educación de Carlos y de sus hermanas Eleonora, Isabel y María, se preocupó su tía Margarita, la inteligente y enérgica hija del emperador Maximiliano I, quien, desde 1507, se hizo cargo del gobierno de los Países Bajos.

El joven príncipe adquirió una formación marcada por la tradición de la cultura cortesana de Borgoña, caracterizada por el empleo de la lengua francesa y por las tradiciones de la caballería borgoñona, tal y como se reflejaban en la Orden del Vello de Oro. Su educación religiosa, dirigida por Adriano de Utrecht, posteriormente Papa Adriano VI, se caracterizó por el ideal de piedad práctica de la **devotio moderna**. Así, la defensa de la fe cristiana, la valentía, la nobleza, la benevolencia y la indulgencia para con el enemigo vencido, fueron los valores de su existencia y que determinaron también sus decisiones como soberano.

---

\* Alexander Wilckens es candidato a Doctor en Historia por la Universidad de Viena.

De naturaleza, Carlos no tuvo precisamente un físico muy bien dotado. Era de estatura mediana y su rostro alargado estaba dominado por una larga y afilada nariz y ojos fuertemente expresivos. Los retratos muestran como característica fisonómica más notoria un marcado y sobresaliente maxilar inferior. Malformaciones en las vías respiratorias le obligaban a mantener la boca abierta, lo que tampoco causaba la mejor impresión. Sin embargo, o quizás por eso mismo, Carlos desarrolló desde joven una dignidad soberana, que más tarde llegaría a la inaccesibilidad. A la fuerza de voluntad y de espíritu del monarca, se oponía una falta de calidez personal. ¿O será acaso que estamos mal informados al respecto? Las fuentes conservadas permiten sólo aproximaciones lejanas a la personalidad del emperador. Cordialidad, rebotante alegría de vivir, humor natural, se buscan en vano en su escala de sentimientos. Todas sus expresiones parecen contenidas, suaves, controladas. Ello puede comprobarse incluso en su vida amorosa. Carlos contrajo matrimonio, a la edad de 26 años, con la hermosa princesa Isabel de Portugal, con quien llevó un matrimonio feliz de afecto recíproco hasta la muerte de ella, en 1539. Queridas no mantuvo, aunque no fue ajeno a los encantos femeninos. De los hijos naturales que engendró, dos hicieron historia: Margarita de Parma (1522 - 1586), que demostró sus capacidades como gobernadora de los Países Bajos, y Juan de Austria (1547-1578), que alcanzó fama por su victoria contra la flota turca en la batalla de Lepanto. Decididamente desmesurado era el emperador en la mesa. Bebía ya por la mañana cerveza helada y prefería alimentos de difícil digestión. Un observador contemporáneo cuenta cómo Carlos no masticaba la comida, sino que la tragaba, cosa, sin duda, debida a que «tenía pocos dientes y en mal estado». Carlos V pagó un alto precio por su indomable apetito: la gota y el reumatismo lo acompañaron un buen trecho de sus casi seis décadas de vida.

La muerte de su padre abrió a Carlos, tempranamente, la expectativa a la sucesión del dominio en los Países Bajos y en el Franco Condado, donde, por la presión de la alta nobleza borgoñona, asumió el gobierno en 1515, tras haber sido declarado festivamente mayor de edad el 5 de Enero de ese año. Comenzaba así una extraordinaria acumulación de títulos y territorios en su persona por herencias dinásticas. Al año siguiente, murió Fernando el Católico, rey de Aragón y regente de Castilla, su abuelo materno. Dada la incapacidad de la madre, Carlos heredó, a los 16 años y como Carlos I, el trono de España con las Baleares, Cerdeña, Sicilia y el reino de Nápoles (perteneciente a la corona de Aragón) y las nuevas tierras descubiertas por los conquistadores españoles en América. Finalmente, heredó los dominios de Austria a la muerte de su

Abuelo Maximiliano I (1519). Un vasto pero disperso imperio, enriquecido por los tesoros americanos.

Sus posesiones de Europa central constituyeron una base para sus operaciones en Alemania y una fuente de rentas mineras para empeñarlas a los Fugger. Desde 1522 cedió a su hermano Fernando (1503-1564), nacido y criado en España, los territorios austríacos de los Habsburgo. Todos sus otros estados conservaron su individualidad y sus instituciones, con sus Consejos, Cancillerías, Tribunales de Cuentas, Estados Generales, etc. Hubo una tentativa de coordinación cuando Gattinara fue Gran Canciller, pero no tuvo sucesor. El Consejo de Estado fue más duradero, de carácter internacional, compuesto al principio del reinado sobre todo por borgoñones de habla francesa, luego; diez años más tarde, por españoles en su mayoría.

Para gobernar tantos estados distintos, Carlos se hacía representar por regentes o virreyes, jugando su familia un importantísimo papel al respecto. Para comunicarse con sus súbditos, Carlos V tenía un secretario itinerante unido a su persona durante sus continuos traslados: al final de su vida, resumía haber hecho nueve viajes a Alemania, dos a Inglaterra, cinco a Italia, cuatro a Francia, dos a África.

Fueron las realidades políticas, administrativas y económicas distintas de cada dominio lo que hizo imposible una integración real de los diferentes territorios que estaban bajo su égida. La cesión a Fernando de los territorios austríacos, en forma temprana, muestra que, para Carlos, más importante que la integración misma de los territorios, era mantenerlos - aunque fuese en forma separada - bajo el poder y dominio de los Habsburgo. La política dinástica en general, y la matrimonial en particular, fueron el elemento central que empleó Carlos V para conservar y tratar de acrecentar sus dominios.

Las posesiones españolas formaban el más sólido soporte del poderío de Carlos V, pese a no ser completa la unidad nacional de España. Dentro de España, Castilla era el reino más extenso, rico y poblado (con aprox. seis millones de habitantes) y, además, relativamente homogéneo. El reino de Navarra, aunque conquistado en 1512, conservaba sus Cortes y las provincias vascas mantenían una cierta autonomía. Una barrera aduanera separaba Castilla del reino de Aragón y de sus prolongaciones italianas. Como en toda Europa, la sociedad estaba encabezada por la aristocracia de la

---

tierra. La nobleza, dispensada de las obligaciones fiscales, servía al monarca en el ejército y en la administración. Las minorías judías o moriscas, más o menos asimiladas, comprometían la unidad moral y religiosa del país. Contra la centralización del poder y las cargas fiscales estallaron numerosas revueltas, como la de los Comuneros de Castilla (1520-1522), o los disturbios sociales, mucho más graves, de las Germanías de Valencia y de Mallorca (1519-1523). Pronto se restableció la paz en el interior del país, pese a su débil economía; la cría de corderos de la Mesta y la introducción del maíz americano no pudieron paliar las malas cosechas del trigo. La industria de la pañería (Segovia, Toledo, Córdoba), de la seda (Toledo, Sevilla), de la imprenta, las armas o la orfebrería se beneficiaron provisionalmente con la llegada de los metales preciosos americanos.

El comercio exterior, en cambio, era muy activo, sobre todo en Sevilla, monopolizando el comercio con América y con el norte de Europa, que suministraba telas y, a veces, granos.

Los hilos de la política los llevaba, entretanto y por los próximos doce años, el piemontés Mercurino Gattinara (1465-1530), a quien Carlos nombró como Gran Canciller, en 1518. Enérgico y dotado de un instinto político natural, Gattinara amplió la visión de Carlos desde lo dinástico a lo universal, poniendo ante los ojos del joven monarca la gran meta de una **monarchia universalis**. Una posición de dominio universal podía encontrar su legitimación última sólo en el cargo de Emperador, tras el cual se encontraba toda la tradición imperial romana y cristiana, y que sólo era adjudicable una vez, en Europa. Por ello, todos los monarcas competían por dicho cargo. Gattinara apoyó decididamente la candidatura de Carlos a emperador, tras la muerte de su abuelo Maximiliano I. La elección imperial de Carlos V, el 28 de Junio de 1519, como señor del Sacro Imperio Romano de la Nación Germana, frente a Francisco I de Francia, consagró su poder y lo convirtió en un legítimo <emperador universal>. Tras la elección imperial. Gattinara le escribió felicitándolo: "Sire, ahora que Dios os ha concedido el prodigioso favor de elevaros por encima de todos los Reyes y Príncipes de la Cristiandad, confiriéndoos un grado de poder únicamente alcanzado por vuestro antecesor Carlomagno, estáis en el camino de la monarquía universal, y a punto de reunir a la Cristiandad bajo un único pastor".

La idea de monarquía universal - o de dominio universal - no se refería en ese entonces a un dominio sobre el mundo entero, sobre el Viejo y el Nuevo Mundo como normalmente se piensa hoy, sino sólo sobre el Viejo. El cuadro de un imperio que abarcara todo el globo, representada a menudo en la frase <bajo sus reinos no se pone el sol> asociada a Carlos V, es una retroproyección de la propaganda española desde el siglo XVII y en la que América no es más que una carta de triunfo propagandística para un nuevo dominio sobre Europa. Gattinara, formado en la tradición humanista, no estaba, empero, tan impresionado por los descubrimientos de Colón, sino que pensaba en Dante y en las ideas de justicia y paz terrenal asociadas con el Imperio Romano. También los publicistas españoles de tiempos de Carlos V, se limitaban al mundo como se le conocía desde antiguo, cuando se hablaba de emperador, imperio y monarquía. El llamado de Hernán Cortés, el conquistador de México, a transformar el Imperio europeo en un verdadero Imperio mundial, pues "no con menor derecho puede su Majestad llevar el título de Emperador de Nueva España, como por la gracia de Dios ganó el título imperial de Alemania", pudo haber acentuado la conciencia de majestad de Carlos V, pero no significó darle una nueva dimensión al tema imperial; fue un llamado que cayó al vacío. Las colonias americanas no desempeñaron un papel protagónico en la política imperial - salvo por las remesas de oro y plata que provenían de allí -. En la política americana, Carlos desaparece tras el Consejo de Indias, el órgano de gobierno encargado de los asuntos americanos. La política imperial, en pro del dominio universal, era netamente política europea.

Si la política imperial de Carlos V estuvo referida al Viejo Mundo, ello radica en la estructura interna de la Europa de su tiempo, basada en concepciones de ordenamiento político muy distintas de las actuales. Bajo conceptos como cristiandad, imperio, monarquía universal o **república cristiana**, Europa era entendida como una natural y evidente unidad política, que, como tal, requería una cabeza política, un soberano supremo. No se trataba de que un soberano gobernase todo, pero, para que el mundo, es decir Europa, estuviese en orden, se requería un señor supremo. La existencia igualitaria de las distintos monarcas, uno al lado del otro, era aún algo impensable y más bien sinónimo de anarquía. El ideal político era un orden jerárquico o gradualista: la imagen de la pirámide feudal o estamental es un modelo todavía vigente para la Temprana Edad Moderna. Esta posición principal en Europa, por la que tantas veces antes habían competido, en la Edad Media, los diferentes monarcas y el Papa, no era ocupada por nadie, en forma consensuada a comienzos de la Epoca Moderna. De todas formas, el

puesto no había sido eliminado todavía, sino que aún se peleaba por él. Carlos V estuvo muy cerca de ser reconocido nuevamente en dicha posición, pero al precio de guerras permanentes.

Consecuencia natural del programa universalista de Carlos V, fue una profunda rivalidad con Francia. A ello se agregan otros dos aspectos que determinaron su política imperial. A principios del siglo XVI y prácticamente por las mismas fechas en que Carlos V asume la dignidad imperial, se producen dos importantes y casi simultáneos fenómenos: la ruptura de la unidad cristiana por la aparición de la reforma luterana (1517), y un poderoso avance de los turcos que, bajo el reinado de Solimán el Magnífico (1521-1566), alcanzan la época de su mayor dinamismo: en 1521 se apoderan de Belgrado, al año siguiente, de Rodas; en 1526, de casi la totalidad de Hungría, llegando a sitiar Viena en 1529; por otra parte, establecen una especie de protectorado en el norte de África. La cristiandad pareció estar a punto de sucumbir ante sus crisis internas y la amenaza exterior.

#### La rivalidad con Francia.

Si bien Francisco I de Francia perdió la elección imperial en 1519, no por eso renunció a su pretensión de principal monarca de la cristiandad, ni se replegó a la defensa de su monarquía nacional < cercada > por los Habsburgo - como tradicionalmente se lee de acuerdo a conceptos geopolíticos obsoletos -, sino que continuó con la política hacia Italia de sus antecesores por el dominio en Milán, por el favor del Papa y la herencia romana, a la vez que adoptó una política ofensiva de cara al Imperio. En el verdadero < duelo por Europa > - como lo denominó Heinrich Lutz - que se generó entre Francisco I y Carlos V, Francia fue, por momentos, muy exitosa. Pero el emperador contaba con recursos y también con suerte. En la batalla de Pavía de 1525, las tropas imperiales derrotaron a los franceses, apresando al mismísimo Francisco I. El emperador, haciendo gala de caballerosidad e indulgencia - muy en el sentido del monarca universal que no busca eliminar a otro monarca, sino sólo situarse por sobre él -, liberó a su enemigo a cambio de la promesa de entrega de los territorios en disputa de Borgoña y Milán. Una vez libre, Francisco I declaró inmoral la humillación recibida y las guerras comenzaron de nuevo. La paz de Cambrai de Agosto de 1529, fue un éxito para el emperador, pues Francia, si bien no restituyó Borgoña, reconocía la soberanía de Carlos en Flandes y en

Artois y renunciaba a sus pretensiones sobre Milán, Génova y Nápoles. Para fortalecer el tratado, se proyectaba el matrimonio entre la hermana de Carlos, Eleonora, y el rey de Francia. Pero esta paz tampoco duró, porque no solucionaba la rivalidad de fondo. La paz de Cambrai con Francia fue rota finalmente, al plantearse el problema de la sucesión de Milán en 1535. Francisco I ocupó Saboya y una parte del Piamonte, mientras Carlos V invadió Provenza, donde sólo encontró la desolación y la peste. Las tropas imperiales llegaron por el norte hasta cerca de Péronne.

Pese a la tregua de Niza (1538), el emperador concedió la investidura del Milanesado a su hija Felipe ( 11 de octubre de 1540). La guerra se reanudó en 1542. Sin embargo, Francisco I, unido a los luteranos de Alemania y de Escandinavia y a los otomanos, mantenía a raya al emperador. Unido a los ingleses, Carlos V entró en Champaña y Brie, llegando hasta Château-Thierry; los franceses lo arrastraron hasta Cerisoles, en el Piamonte (abril de 1544). La paz de Crépy-en-Laonnais (15 de septiembre de 1544) no tuvo resultados positivos.

Nuevos enfrentamientos opusieron a los imperiales con los franceses en Siena (1552 - 1556). La guerra no se terminaría hasta el tratado de Cateau-Cambrésis de 1559, entre Enrique II de Francia y Felipe II de España, después de la abdicación de Carlos V. La dominación española en Nápoles y el Milanesado quedó asegurada. El duque de Saboya, Emanuel Filiberto, al servicio del emperador, recobró Saboya, Bresse, el Buguey y el Piamonte.

La lucha contra el Imperio Otomano.

En cuanto a la amenaza turca, Carlos V intentó convencer a sus contemporáneos para que unieran sus fuerzas contra el enemigo común de la cristiandad. Durante todo su reinado, quiso organizar una cruzada y marchar a la cabeza contra el infiel y darle así sentido y concreción a su aspiración de máxima líder de los cristianos. Sin embargo, ninguno de estos objetivos pudo realmente concretarse.

Los Reyes Católicos habían ocupado Melilla, Alcazarquivir, Orán, Argel, Bujía, Trípoli y muchos soberanos del norte de África les pagaban tributo. Sin embargo, en 1518 fue fundado el estado berberisco de Argel por los hermanos Barbarroja, corsarios renegados. Khayr-al-Din Barbarroja se puso bajo la protección otomana y Argel, libre en 1529 de los españoles, se convirtió en la capital de la piratería berberisca que amenazaba constantemente las costas y la navegación mediterránea. El emperador dirigió la expedición que se apoderó de la Goleta y de Túnez, en julio de 1535. Con el Papa Paulo III y los venecianos, formó la Liga contra los turcos, pero, tras el encuentro naval de la Prevesa (1538) y la deserción de Venecia, ésta se deshizo. La expedición contra Argel, reclamada por la opinión española, fue dispersada por una tempestad (octubre de 1541). Los franceses, unidos a los turcos, sitiaron Niza (1543), arrojando a los genoveses de Córcega (1553). Muchos puntos de apoyo africanos, como Bujía y Trípoli, fueron perdidos por los españoles.

Pese a todos los esfuerzos de Carlos V, la heterogeneidad europea y el hecho de que Francia jugara en contra del Imperio, llevaron a que el Mediterráneo continuara dominado por los infieles. El imperio otomano aparecía así como un gigante que, en un contexto mundial, opacaba sin duda el poder del emperador cristiano.

La Reforma protestante.

Respecto al problema religioso en Alemania, como es sabido, Carlos V combatió la Reforma, proscribió a Lutero en el Imperio e incluso llevó adelante una guerra de religión contra los estamentos evangélicos en la Guerra de Esmalcalda. (1546-1547). Por otra parte, trató desde un principio de mantener la unidad religiosa amenazada por la posición de Lutero, fomentando coloquios entre católicos y protestantes y reclamando, siguiendo a Erasmo de Rotterdam, la reunión de un Concilio ecuménico. Su postura resulta comprensible en el marco de su lucha por la monarquía universal. Carlos fue sin duda un hombre profundamente religioso, pero no realmente interesado en los aspectos dogmáticos, en los contenidos de la fe y sus puntos de disputa. En su discurso, en la dieta imperial de Worms de 1521, no entró en ningún contenido de la controversia teológica iniciada por Lutero, sino que preguntó retóricamente cómo era posible que un único fraile pudiera tener razón frente a todos los concilios, a toda la cristiandad y la Iglesia, junto a la cual, como sus antecesores, él se mantendría. Con ello, aunque



subestimó a Lutero, dejó programáticamente en claro que, por encima de todo, le importaba la unidad religiosa de la cristiandad, que trató de restablecer durante toda su vida casi a cualquier precio. La cristiandad era un concepto de integración religioso y político, y su desmembramiento religioso, en diferentes confesiones con los mismos derechos, equivalía a su disolución política en los distintos estados.

La calidad semisacral de su investidura convertía al emperador en protector de la Iglesia y, como tal, Carlos V se sintió especialmente responsable por la motivación religiosa de la unidad política. Ello explica la paciencia del emperador para con los Papas de su tiempo, quienes continuamente se oponían a sus políticas. En la disputa entre Francia y el Imperio, la Iglesia tomó partido por uno u otro bando, dependiendo de las simpatías del pontífice y de qué modo se establecían los equilibrios de poder en Europa. La Iglesia estaba en crisis y los pontífices luchaban por hacer valer no sólo su dominio espiritual, sino también el temporal. En el ámbito de la reforma de la Iglesia y en la lucha contra el protestantismo, ni León X (1475, 1513-1521), ni Adriano VI (1459, 1522-1523), ni Clemente VII (1478, 1523-1534) emprendieron iniciativas de importancia, a pesar de la relevancia cada vez más manifiesta, que adquiriría el luteranismo. Sólo Pablo III Farnese (1468, 1534-1549) hizo cambiar el clima romano y logró organizar el tan reclamado Concilio, pese "a la poca voluntad que ha mostrado y muestra en las cosas públicas de la cristiandad especialmente en lo de la celebración del Concilio", como escribió Carlos V en uno de sus testamentos políticos. Aún cuando Carlos V hubiese querido, muchas veces, estar por encima del Papa para poder velar más clara y rápidamente por la cristiandad conforme él lo entendía, recomendó a su hijo Felipe II: "seréis y os mostraréis siempre obediente a la Santa Sede Apostólica y la ampararéis y acataréis como conviene a buen Rey, y príncipe cristiano". Tras el **Sacco di Roma** (1527), el saqueo de Roma por las tropas totalmente fuera de control del emperador, quien se enteró de ello en la lejana España, Carlos V no quiso presentar el hecho como el merecido castigo divino por la conducta del Papa, como le aconsejó Gattinara. Sin Papa no había unidad de la cristiandad posible, y de ella dependía el monarca universal. Y, sin Papa, tampoco era posible la coronación como emperador de acuerdo al rito medieval que Carlos V volvió a revivir por última vez - aunque no en Roma, sino en Boloña - en 1530.

La política religiosa de Carlos V, frente a los protestantes alemanes, fue siempre una política de unión. El quiso alcanzar, en la dieta de Augsburgo de 1530, aquello que los pontífices estaban dejando escapar. Cada una de las partes debía presentar su credo y negociar con él, como árbitro, el restablecimiento de la unidad. Este esfuerzo fracasó y tuvo como consecuencia contra productiva el establecimiento de la confesión de Augsburgo de los evangélicos, base de su formación confesional. Las conversaciones y los intentos de reunificación continuaron. A Carlos V le parecía que la reunión de un concilio universal era la solución más adecuada, pero sólo el Papa Pablo III se decidió a convocarlo, recién en 1545, en Trento. Pero ya era demasiado tarde, las posiciones de unos y otros se habían endurecido y se había iniciado, tanto entre los evangélicos como en el catolicismo, el proceso de confesionalización de la sociedad que hizo imposible volver atrás. Entonces Carlos V no vio más remedio para restablecer la unidad religiosa que la fuerza, de las armas, pero ni aun así logró su propósito. Entre 1547 y 1552, el emperador, vencedor de los reformadores en la batalla de Mühlberg (1547), pretendió instaurar el absolutismo en Alemania. Sin embargo, los príncipes del Imperio no aceptaron una reducción de sus libertades estamentales, aunque fuese por la unidad religiosa. El levantamiento de los príncipes protestantes, a quienes pronto se unió el rey de Francia, Enrique II, puso en jaque al emperador, quien estuvo a un tris de caer prisionero en Innsbruck, en mayo de 1552. En Passau, en agosto de ese año, Carlos V tuvo que reconocer que el Imperio seguía siendo electivo y que el emperador no podría gobernar sin el Consejo de los electores, como asimismo debió dar - aunque a regañadientes - su consentimiento para una solución permanente del problema religioso, aceptando el pluralismo confesional de los territorios del Imperio. Su política de unión había fracasado. Su hermano Fernando implementó la solución, sin el emperador, en la Paz de Augsburgo de 1555, que consagró la división religiosa del Imperio y reguló, por primera vez, la coexistencia de dos variantes de la fe cristiana en un mismo sistema político, estableciendo la paridad entre el catolicismo y el luteranismo.

El ocaso.

Carlos V, el emperador universal, pareció experimentar el fracaso de su ideología imperial. La idea de una monarquía universal que reuniese a toda la cristiandad "bajo un único pastor", se demostró irrealizable no sólo a partir de la Reforma protestante misma, que él, como emperador católico y defensor de la Iglesia, no pudo vencer, sino

también por la situación política que la Reforma concitó en Alemania, en la cual los príncipes quebraron la unidad político-religiosa del Imperio. A ello se sumó el fracaso, en 1552, de su política para con Francia, lo que quizás le hizo tomar la resolución de abdicar. La *monarchia universalis* no era el modelo político para la Europa del futuro: demorará todavía mucho tiempo en producirse el cambio hacia la coexistencia de estados soberanos basada en el principio de igualdad, que, por lo demás, fue igualmente conflictiva y belicosa, y tampoco fue la última palabra en la estructura política europea y mundial.

Prematuramente envejecido, enfermo y agotado, Carlos V planeó abdicar ya en 1554. Ese año, dejó a su hijo Felipe el gobierno de Nápoles y Sicilia; el 25 de octubre de 1555, en Bruselas, le entregó el de los Países Bajos. El 16 de enero de 1556, abdicó el trono de España en favor de Felipe II, y en su hermano Fernando, el Imperio y las posesiones habsburguesas de Austria. Por primera y única vez - salvo por el emperador precristiano Dioclesiano - un emperador abdicaba. Nadie quiso aceptar el hecho, ni siquiera los príncipes del Imperio que se habían opuesto a él. La situación tampoco estaba prevista constitucionalmente. La dignidad imperial, tan difícil de alcanzar, no podía dejarse tan fácilmente. Más que sólo un cargo, ser emperador era considerado, aún entonces, como una cualidad personal otorgada por Dios. Quizás Carlos V fue el primero en considerar el cargo en un sentido moderno, mostrando que tal cargo existía independientemente de la persona que lo ostentara.

Hasta su muerte, el 21 de septiembre de 1558, Carlos V vivió recogido en una villa adosada al convento de San Jerónimo de Yuste, en la soledad de la Extremadura española. Cuando, en el otoño de 1558, se esparció la noticia de la muerte del emperador, el reino en el cual nunca se ponía el sol, volvió a ser realidad: en el Valladolid español, en Sta. Gudule en Bruselas, en Innsbruck y en Praga, en las nuevas catedrales de las principales ciudades de la América española y en muchos otros pequeños lugares, se reunieron personas, con y sin corona, para despedir al gran monarca Habsburgo.